

PAISAJE MURCIANO

ASENSIO SÁEZ

Acuarela del río

Digo que si el Segura no sale río de mucho lucimiento y bambolla, el río varón viene a resultar a la postre, cumplidor de deberes. Pastor nace entre la fría peña, pañal de nieve, cierzo ululante, en vecindad de soledades. Al aire, luego, la fibra dolorida del esparto, casi cuerda de guitarra. Tras su vía purgativa, ya en Archena el río será mandado a la abierta llanura de una tierra golosa y mollar como el buche de una paloma picassiana. La huerta hemos nombrado. “Vosotros, los nacidos en la ciudad – pregunta un día Manuel Augusto García Viñolas–, ¿sabéis lo que es una huerta? Paladar del cosmos, sabrosa orfebrería”.

Agua caminante

El río pone verde a la tierra y no juego con palabras vanas. Discurriendo por acequia, azarbe y brazal, practica obra de misericordia: dar de beber al sediento, ¿Nombré boca con sed? Usía tiene esto del agua y sus trajines, en los que no sólo los árabes –con ser mucha su maestría–, ni siquiera los cielos –con ser tan poderosos– anduvieron complicados. Abundancia de generaciones se necesitó para tanta bienquerencia, siglos de pacientes sabidurías debieron transcurrir para llegar a esta amorosa matemática que la huerta se bebe. ¿Vio usted la Contraparada? Pues lo que son las cosas: parece ser que fueron los romanos y no los moros, como tantos por aquí vinieron a crear, los que por estos pagos zascandilearon para distribuir el agua con primores de platero en dos acequias madres: la vena Aljufía y la vena Alquibla.

Escuche usted la canción del agua caminante. ¿Oyó caer, como cristal de fuente, el agua de la Rueda de la Ñora, “por la cual se riega muchísima cantidad de tierras”? Habló el licenciado Francisco Cascales. Por supuesto que se hacía preciso contar con Cascales. En su “Discursos de los linajes de Murcia y su Reino” leo cómo doña Mencía de Cervantes, “señora del aldea del Javal”, viuda de López Pérez de Davalos



solicita “licencia para hacer una noria de la acequia mayor de la Aljufia”. Mirándola, merced de mucho provecho podrá usted recibir en oportuno caso, dicho sea con todo respeto, pues a aquélla se le atribuye la virtud de sacarle el “asno” o mal de la melancolía a quienes dentro lo tienen metido.

Digo jardín

Iba diciendo. Por constelar de verde la tierra, el río retrasa su paso vencida la geografía de Archena. Se le ofrece a usted ahora cumplida ocasión para elegir vocablo que bautice tamaña hermosura: ¿edén, vergel, paraíso? Ya ve usted. El tópico andaba suelto. Cuidado, sin embargo: también alguna vez, debajo del cascarón del tópico, alientan verdades como puños. Digo jardín y no soy yo sólo quien lo dice. Certifíquelo muchedumbre de piropadores de la Murcia árabe, por ejemplo. Cito dos nombres como oportunos botones de muestra: Al-Buqayra y el Alandolsí.

En un aire casi de Anunciación, junto a la morera frondosa, morera buena moza, pasto para el gusano de seda, triunfan los árboles frutales mientras las palmeras, elogiadas por Saavedra Fajardo, alargan su tronco hasta lo alto para derramar en el azul cumplida coherencia vegetal.

Aparece la casa con parral, la fábrica que encarcela la fruta en hojalata, los pueblos de buena vecindad –Alguazas, Lorquí, Ceutí, Torres de Cotillas, Ribera de Molina, Molina de Segura...– unidos por las ataduras de un asfalto poblado por los camioneros de la fruta, partidarios de las voces enlatadas del Fary y Perlita de Huelva, que gustan pintar en geométrica caligrafía entrañable el “Finica y Mariano” o el “Mi Pepe y mi Fuensanta” en la visera de sus respectivos camiones.

Huerta

Desde el Monte –con mayúscula–, peana en la que se asienta la morenía de la Fuensanta, Patrona de Murcia, la huerta, por el río regada, ofrece su estampa más sabrosa, maqueta de sí misma: acequia, bancale, casa, parral, arboleda... Más aún: pueblo, campanario, torre... Y la trenza del río cruzando la estampa venturosamente, de parte a parte.

—*Veo, veo.*

—*¿Qué ves?*

—*Una espiga de airosa piedra, ¿Qué es?*

—*La torre catedralicia.*

—*Premio para el caballero.*

Y todavía:

—*Veo, veo.*

—*¿Qué ves?*

—*Hermoso cabezo por castillo coronado, así como el gran pisapapeles de la huerta, ¿Qué es?*

—*Monteagudo.*

—*Vale.*



Decíamos: desde el Monte, toda la huerta en descomunal diorama se convierte, en mosaico o “puzzle” alcanzado bajo, el húmedo vaho de la tierra regada, aliento que acaba por paliar el exceso de una luz dura, sobradamente deslumbradora. Fiesta para los ojos, el color. La huerta toda, ganada de el Monte, una hermosa pintura abstracta; a punto la alianza de los verdes con los sienas, de los azules con los malvas, de los carmines con los ocres... Tema que a todo pintor que se precie invitará a plantar su tienda paleta en mano.

Queden aquí en pie, a favor de los aires saludables que el Monte maneja cumplidamente hasta dar pie a consigna de mucho valimiento: “Al monte se va a comprar salud”, verdad que un día dio pie a la popular coplilla que sigue:

*Cuando vienes del Monte,
vienes airosa,
Vienes coloradica
como una rosa.*

La amorosa servidumbre

¿Nadie vio un día el hombre poner su mano, enamoradamente, sobre la piel de la huerta, como un gran pecho, para alcanzar el latido de su corazón? ¿Nadie se acomodó al paso del hombre, de bancal en bancal por abrigar con bufanda de esparto la planta aterida bajo el cristal del enero; por adelantar, antes que con maña aprendida, con blanduras de amante, la sazón de una fruta? Valga traer a la memoria que día hubo en que el huertano antes olvidó el pan sobre el mantel que el cuido melindroso del gusano cuya seda famas mayores logró cosechar para Murcia. Fríos y calores, al amor de la huerta. Bajo la llama del verano y el cierzo del invierno, tira el amor ¿No lo confirman así letras de copla?

*... que es el mentarme la huerta
como mentarme la gloria.*

Culpa del aire, ámbito donde desriza su tirabuzón un sol de lujo y en el que los olores –¡ahí es nada esto de los olores de Murcia!– pueden poner en trance de mareo a la misma pájara pinta que ose pararse en la frontera del limón o el naranjo.

Culpa del aire, decía, esta manera huertana que va de la cazurrería al chiste contado en panocho –el lenguaje de la huerta– de la entrega al trabajo con el bofe fuera a la siesta sin despertador, de los pies bien apegados a la tierra a la poética ensoñación.

Pienso que habrán tenido que discurrir por las venas muchos años, muchos abatimientos y desolaciones, muchas titiritinas y alegrías para llegar a este sistema filosófico pardo del huertano, a su honda y entrañable sabiduría que en nada tiene que ver con el certificado de estudios primarios y que supongo debe estar hecho de sueño, clima, refranero, amor a la Fuensanta y punto de cocción de esa nunca bien alabada prenda culinaria que son los michirones.

Las riás

De antiguo se sabe: por el río le llegan a Murcia sus misterios de gozo y sus misterios de dolor, la riá entre estos últimos, hoy vencida tantas veces, afortunadamente.



Resulta que, si el río viene a ser para Murcia su cuerno de la abundancia, también el río en vaso de hiel y vinagre llegó a convertirse en más de una ocasión. “Ese lobo se comerá a esta oveja”, sentencia frente a Murcia y su río San Vicente Ferrer en 1411, cuando por empujar a los murcianos a una mejor vida piadosa los pone como chupa de dómine.

Frente a la riá, la sequía asoló a su vez en tantas ocasiones el verde de los árboles, secó fuentes, cuarteó la tierra como la piel de una vieja cerámica... Atiéndase al verso de Vicente Medina:

*Ni que a Dios se lo pidas,
ni por más que suspires ni que ruegues,
tómalo con pacencia y no te canses
que, ya lo ves, no llueve.*

Pero sólo la riá, –¡tristes tiempos del río aún sin domesticar!– trajo la verdadera hora negra de Murcia. Lúgubre voz de las caracolas avisando riesgos. Trueno del agua salida de madre. ¿Qué había de hacer el hombre entonces? ¿Dónde su entereza? ¿De su bravura qué se hizo? La mirada se le va, desolada, al río que ha entrado en la huerta, salta los bancales, cercena la cintura de las plantas, arrasa, asola. Una lengua de agua bajo la puerta de la casa, lamiendo las losetas encarnadas. Arremangado el pantalón, el hombre intentará poner a salvo aperos y animales. Llueve recio. Del cielo baja el arpa de la lluvia, tan espesa a veces que ciega los horizontes. Vencido ya del todo, el hombre advertirá que caminos y senderos, cuestas y quebradas, aparecen enrasados por una escalofriante horizontal, manta de agua que cubre la huerta toda.

Después de la riada el sol vuelve a fortalecer el corazón de los hombres, a decorar con su botón nuevo la rama de los árboles. El río, arrepentido, agacha el lomo; vuelve a discurrir, ya sosegado, ya blando cordero, fuente de vida.

Olor a azahar

Sólo el río hizo posible el milagro del azahar, este pequeño pichón de nieve parado en la rama del limonero o el naranjo.

La huerta manda a Trapería y Platería el olor a azahar. Sin embargo, sólo paseando al atardecer por el Malecón, y a la vera del río, es cómo se percibe lo que de ciudad para el olor tiene Murcia. Sume usted, con saldo final a su favor, el aroma de la flor y la fruta: naranjas y limones ya nombrados, ciruelas como ojeras, la magnolia, que es el monumento a la paloma; el membrillo cuyo olor penetra y se duerme entre la ropa guardada en arca de abuela o moderno armario de brillo; jazmines y diamelas, de una blancura de alacanfor... Más aún: rosa, albahaca, manzana, pera, albaricoque, melocotón... Usted se lleva estos nombres a la boca y es como si estuviese firmando bodegón de Medina Vera. Pues bueno, de todos es el del azahar el olor que sobrenada, moja la oreja, pone marchamo a Murcia.

Hace muchos años se publicó un libro sobre “secretos de agricultura” en el que se dictaban normas para la fabricación del agua de azahar... ¡sin azahar! No debía ser murciano su autor, de azahar falto.



Azahar de Murcia. Mírelo usted, nevando nupcialmente la hurerta, la calle, el jardín, el altar, el paso de Semana Santa...

*Hay azahar, ¡qué osadía de la nieve!
y estamos en diciembre...*

Antes de Miguel Hernández, ya había escrito Gabriel Miró: "... naranjos, naranjos antiguos: sus troncos y ramas, como los pilares y bóvedas de una catedral. El olor de sus flores llevaba hasta muy lejos una emoción de bodas, de delicias de jardines; los montones de la fruta eran como colinas de sol".

Ea, no quería traer nueva cita naranjera y el santo se me va, sin embargo, al cielo del XVIII para topar con "coplero de chiste". A Polo de Medina he nombrado, el cual a las naranjas de Murcia así describe:

*Pomos de olor son al prado,
En el brasero del sol,
Estos naranjos hermosos,
Qué ámbar exhala su flor...*

El río en Murcia

Ya urbano, coloreado por el neón, ya Segura sometido a piedra y hormigón, puente y barandal, bastaría, romperle al río la cascarilla de su alinde para encontrar memorias de Alfonsos y Bellugas, de tan decisivas murcianías ambos; tertulias de biombos, pelucas empolvadas y jícara de chocolate de Caracas, como le gustaba a don Javier Fontes y Ponte, y es claro que aquella decisión de la luz azucarada y delirante por la que a Murcia le llegó un día la ventolera del barroco y su consecuencia fina, el rococó, hasta convertirla en una coruscante y clamorosa cornucopia.

Desde el Puente Viejo, al río le sienta bien la torre de la catedral. Romano y moro hasta ayer, Thader de sensuales paganías, el río aquí debió doblar la rodilla para decir amén, y luego, con el tiempo, ya cristiano viejo, buscar y encontrar el laude mejor con destino a Dama de tantas galanías como viene a resultar Santa María de la Fuensanta, hoy su Reina y Señora.

Dato decisivo con el que hay que contar. Desde los barandales urbanos; aquellos que al agua dan, usted le cazarán al río sus primeras arrugas, que no en vano viene acechando ya la sal de Guardamar, que es el morir. Tanto mejor para el mimo y el regalo a favor del río, para la buena querencia, y así lo debe entender Murcia olvidando aquellas sanciones impuestas por la Confederación Hidrográfica por mor de los vertidos que superaron el límite de contaminación del río. Ea, mejor no recordarlo ahora, precisamente cuando toca párrafo piropeador.

Decíamos. En verdad, llegado el río a Murcia recibe toda suerte de atenciones y cortesías, a saber: parterre, pretil, farol y puente, hasta hacer de su curso urbano toda una atractiva tarjeta postal plastificada.

No exagero si digo que el río, a su vez, se deja querer complacidamente y, sin duda por aquello de que amor con amor se paga, bruñe aquí con más maña su espejo del agua y da al aire su mejor son. Buenos oficios en Murcia, ciertamente, los del río, compañero del alma, aquí, ay, peinando canas. Abuelo Segura.

